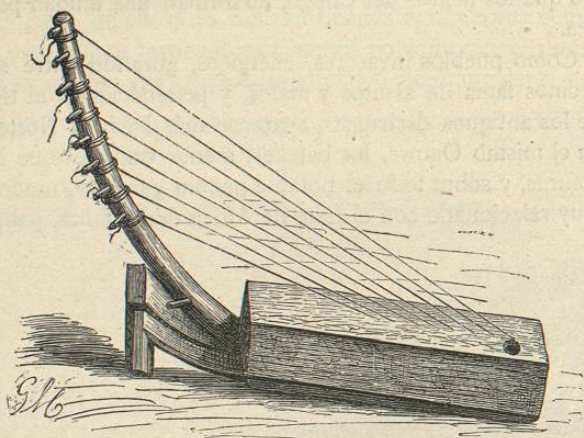


berse observado que en todos estos pueblos, como en los duallas y afines, la población disminuyó, aun antes de que estallara la viruela negra, hasta en aquellos que no estaban en contacto con los europeos y que ni de nombre conocían el aguardiente. Du Chaillu pretende que las causas de esta disminución son la trata de esclavos, la poligamia, la esterilidad de las mujeres, la gran mortalidad de los niños, las epidemias y los muchos procesos por brujería. Du Chaillu



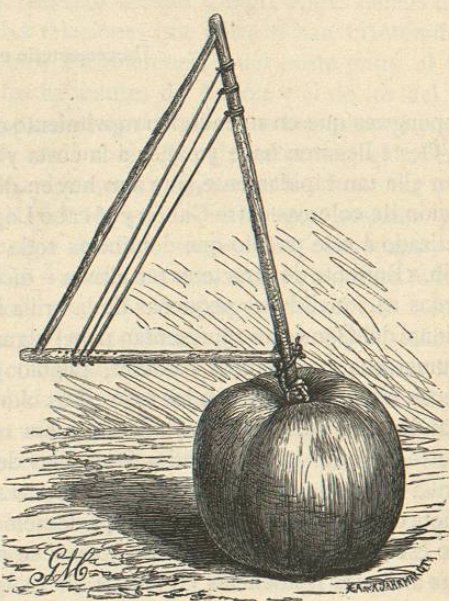
Una arpa de los bakalais (según Du Chaillu).

está seguro de que con el tiempo desaparecerá el negro por completo, lo cual parece traspasar los límites de lo verosímil. Y si no, téngase en cuenta el aumento espantoso de población que se nota entre los negros del Nilo. Pero es un hecho positivo que esas tribus precisamente aumentan muy débilmente, lo cual explica la facilidad con que cambian de sitio. Por lo demás, tampoco parece ser muy notable el aumento de los negros de Angola y de Lunda.

Al Norte del territorio de la desembocadura del Camerun y del en que residen los duallas habitan, desde la orilla derecha del río hasta el pie de la montaña Camerun, gentes que pertenecen á una tribu especial, los bakhwiris, que si bien tienen algunos puntos de analogía con los duallas, la gente comercial de Camerun, se diferencian de ellos en muchos otros, siendo en muchas cosas modelo de tribu del interior. En los territorios más bajos y en Victoria, con frecuencia visitada por mercaderes y navegantes blancos, vive una población mestiza porque allí huyen las gentes de Camerun que quieren evitar duros castigos ó simplemente el peligro de verse acusados de brujos ó sometidos á los juicios de Dios, tan comunes como terribles en aquella costa. El contacto en que estos pueblos han vivido con los blancos ha sido causa de algunas variaciones, especialmente en la esfera moral. Los negros de Victoria han sido pintados como gente muy difícil de tratar por su codicia, por su falsedad y por su mala fe. R. Buchholz encontró que eran mucho mejores que ellos sus compañeros de tribu que habitaban más hacia el interior, en Bonjono, en las vertientes de la cordillera de Camerun. Raras veces aparece en esfera tan reducida el antagonismo marcado que, como experimento instructivo, existe entre la corrupción de costumbres de los pueblos naturales que han estado en contacto con la civilización y el carácter de los que proporcionalmente no han estado en relación con ella. El viajero empezó á conocer á los bakhwiris de la montaña como hombres «inocentes, bondadosos y bien educados.» Lo más ajeno á ellos es el robo que los mismos krus, mucho más adelantados que ellos por su laboriosidad y economía, sólo reputan delito cuando es descubierto. Con esta virtud tan increíble tratándose de africanos, corre parejas su carencia

de necesidades. Todo su vestido se reduce, por regla general, á una estrecha tira de tela atada á la cintura por medio de un cordón y atravesada por entre los muslos. Sus cabañas son mucho peores que las de los duallas y las de los krus y tanto más difíciles de ser visitadas cuanto que están cercadas por una valla que el visitador tiene que saltar. Su gobierno es sencillo y barato, pues no conocen los reyes con ejército sino que viven patriarcalmente regidos por el jefe de la aldea que, por lo común, no pretende mayor autoridad que cualquier otro habitante de esta. Finalmente, tampoco celebran tantas fiestas como los habitantes de la costa más dados á los placeres. Fuera de las reuniones en las claras noches de luna en que se baila, se canta y se baten palmas con cierto ritmo, no tienen otras fiestas que los entierros que anteriormente hemos descrito (página 146).

Vienen luego los negros krus, quizás la única tribu de la costa occidental del Africa capaz de corresponder en cierto modo á las exigencias que los europeos suelen tener con los obreros, sea en las factorías, sea en los buques. Estos «jóvenes krus» suelen alquilarse por 2 ó 3 años por un precio mensual de 4 á 6 dollars que se les paga comunemente en géneros europeos. En las factorías se les distribuye por lo general en brigadas de 8 á 10 hombres, cada una de las cuales tiene un jefe responsable entre los factoristas. Son poco aficionados á trabajar en las plantaciones; en cambio sirven muy bien como tripulantes de los buques costaneros, por lo menos mucho mejor que los otros negros de la costa occidental. Raras veces se embarcan en buques de más larga travesía, á pesar de lo cual se les ha visto en Hamburgo y en Liverpool. De todas maneras son indispensables á los factoristas, porque en las continuas luchas que éstos han de sostener con las tribus negras indígenas, casi siempre se colocan á su lado y llegan á imponerse á sus adversarios por su valor y por la estrecha unión que entre sí mantienen. Son, además, de constitución ge-

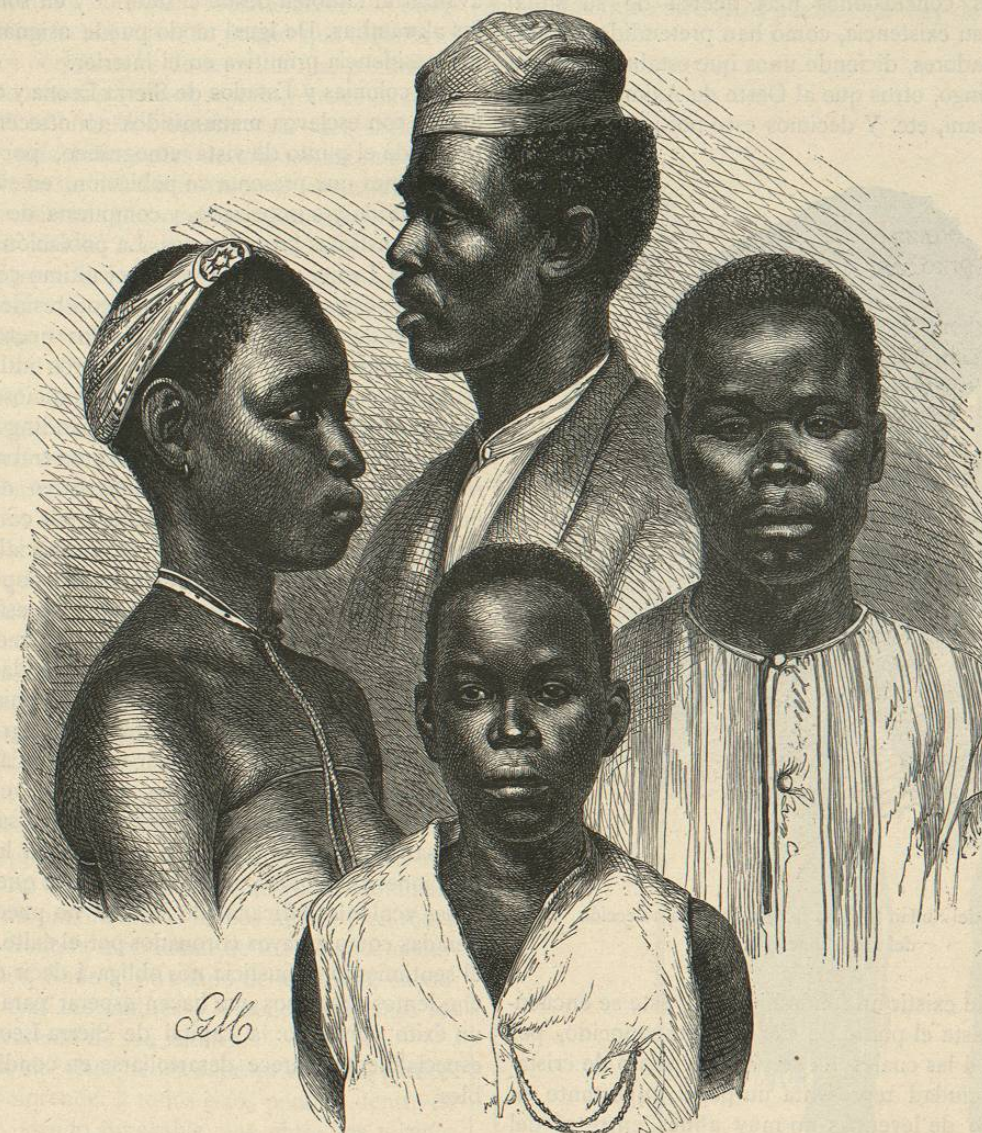


Una arpa de los negros krus (Christy Collection, Londres) $\frac{1}{10}$ de su verdadero tamaño.

neralmente robusta y trabajan con muy buena voluntad, teniendo de común con los demás africanos la afición al robo. Tomándolas de los bosquejos trazados por Rainaldo Buchholz añadiremos acerca de esta interesante población jornalera y marinera de los krus, algunas observaciones que nos las darán á conocer desde un punto de vista general. «Cuando se contempla — dice — á estas gentes ejecutando

trabajos á menudo sumamente pesados y devorando los manjares más mezquinos, cantando y riendo, se siente uno inclinado á reconciliarse con las malas cualidades de los negros. Ciertamente son algo perezosos, rateros, en alto grado desleales, y ajenos á todo cuidado, pero estas son, por decirlo así, particularidades de raza de las que no puede hacerse responsables á individuos aislados. En cambio, di-

ficilmente se encontrarían hombres más sociables y que con menos se contenten. Las disputas y la envidia, que parecen inseparables de los negros de Camerun, raras veces aparecen en ellos; si en una larga travesía en bote dais á alguno de ellos un poco de tabaco ó de pan, tened la seguridad de que lo compartirá con todos sus compañeros. Este compañerismo es tal que ninguno hace nunca traición



Tipos de la costa de Loango (de una fotografía por el Dr. Falkenstein)

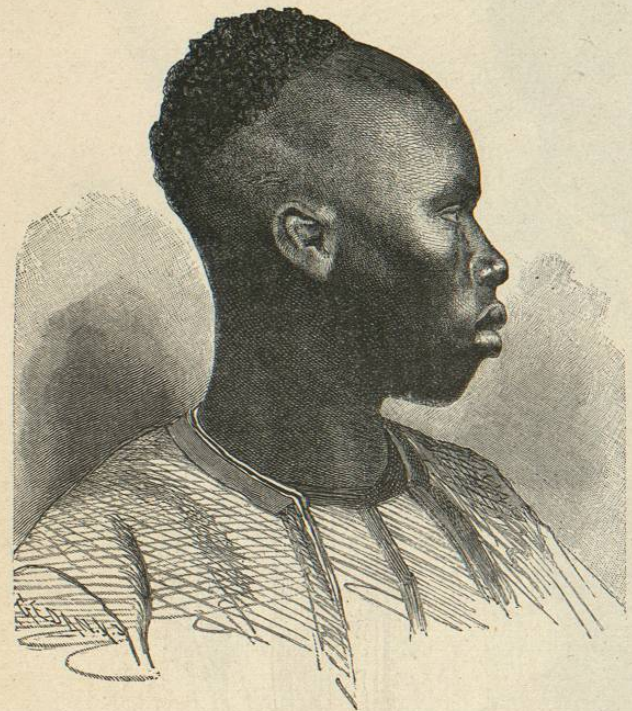
á otro.» Una de las cualidades más recomendables de estos pueblos es su frugalidad en el comer, pues se contentan con arroz, un poco de carne de cuando en cuando y algunas veces la cabeza y las tripas de un animal. Dentro de la noción económica de los krus vienen comprendidos otros negros que no pertenecen al grupo de los duallas-krus, y por esto se dice que su patria abarca «desde Monrovia hasta el cabo Palmas.»

La parte occidental de la costa de los esclavos la ocupan los eweos que se dividen en una porción de sub-tribus ó comunidades, y que desde el punto de vista de la estructura corporal pertenecen al grupo de los africanos occidentales mejor formados. Frecuentes abluciones mantienen sus cuerpos tan limpios como lo permite la costumbre de untarse diariamente con aceite de palmera que no siempre despiden un olor agradable. El traje es sencillo: consiste en un cinturón y un trozo de piel de 1 $\frac{1}{2}$ metros de ancho por 4 de largo, cubriendo de tal manera el tronco que que-

dan completamente libres la espalda y el brazo derechos. El uso de gorros no es general: algunos llevan sombreros de paja de palmera ó de juncos, de anchas alas; otros se arrollan en la cabeza á manera de turbantes pañuelos de bolsillo. Las chozas son miserables, tienen la forma de columnas, están cubiertas de hierba y su pared principal es de tierra negra. Únicamente en las poblaciones de la costa se encuentran viviendas con aberturas á modo de ventanas, habiendo en aquellas algunos indígenas acomodados que tienen varios muebles europeos. Por regla general, sin embargo, el mueblaje de las tales chozas es sencillísimo. El estilo general así del menaje como de la construcción acusa un retroceso en comparación con el Sud, desde los bangalas hasta los mpongwes.

Afines de los eweos son los reinos negros de Aschanti y de Dahomey que en los tiempos históricos surgieron en estos países costaneros y cuya formación tiene una importancia típica. A los dos se les ha visto elevarse y decaer; el

uno se ha apoderado de la herencia del otro y ambos despertan cierto interés por el hecho de correr paralelo el desenvolvimiento histórico de los mismos. Estos dos grupos de pueblos tienen común la leyenda de su procedencia de una ciudad situada al Este ó al Nordeste, que los aschantis denominan Inta ó Assienta. Consideramos inútiles los esfuerzos que se hagan para deducir de estos datos indeterminados conclusiones fijas acerca de su situación y aun de su existencia, como han pretendido hacerlo algunos observadores, diciendo unos que estaba situada al Este de Mandingo, otros que al Oeste de Axim, otros que al Norte de Akani, etc. Y decimos esto porque si bien en



Un negro del Sudán (de una fotografía de la colección del Dr. Pruner-Bei)

la leyenda puede existir un fondo histórico, éste se encuentra envuelto, hasta el punto de hacerse desconocido, por las narraciones á las cuales ha servido de punto de cristalización. Esta ciudad representa un papel importante en un gran número de leyendas no muy afines entre sí del grupo de Dahomey que da á la misma el nombre de Nodsie. Dicen las gentes de este grupo que había allí una selva oscura y espesa que era considerada como un gran santuario *maruwe*, es decir mansión de Dios, para diferenciarse de *drove* mansión de los dioses. Los eweos pretenden que la tiranía de un rey les obligó á ellos y dos tribus vecinas, los aschantis y los akwambus, á emigrar de Nodsie. Creen, además, que Nodsie es el lugar de donde viene el alma cuando nace el hombre y al que vuelve al morir éste. Si admitimos que esta teoría viene á ser el recuerdo de una residencia primitiva de estos pueblos, tendrá para nosotros cierta importancia la tradición de los aschantis, según la cual éstos vivieron allí mezclados con otras tribus que llevaban nombres de animales y de las cuales las más ilustres se llamaban búfalos, gatos monteses, panteras y perros. Esta clasificación aparece todavía en uso, por más que haya perdido aquella profunda significación, y puede perfectamente indicar que el pueblo de los aschantis nació de la aglomeración de tribus que, unas muy cerca de otras, habían vivido en otro lugar. Para nosotros tiene, además, el interés de recordarnos la costumbre ex-

tendida por todo el mundo de dar á las tribus nombres de animales. El origen común, sin embargo, sólo puede haber existido en el interior: en efecto, desde el interior avanzaron estas tribus hacia la costa, siguiendo la gran ley del movimiento de los pueblos del Africa occidental. Como pueblo guerrero y dominador no aparecen los aschantis en la costa hasta el año 1700. Anteriormente á esta fecha avanzaron también desde el interior y en son de conquista los akwambus. De igual modo puede asignarse á los fanes una residencia primitiva en el interior.

Las colonias y Estados de Sierra Leona y de Liberia formados con esclavos manumitidos no ofrecen apenas interés desde el punto de vista etnográfico, por la abigarrada mezcolanza que presenta su población, en su mayor parte cristianizada y europeizada, y compuesta de elementos de las más distintas procedencias. La población de la colonia de Sierra Leona asciende, según el último censo, á 60,000 almas, de éstas sólo 163 europeos con residencia fija, y se compone de los descendientes de los negros inmigrados (manumitidos) y de 14 tribus de negros indígenas. Entre éstas, merecen especial mención los codiciosos y desmoralizados timmanis, los mahometanos mandingos, tribu noble y acomodada, y los krus, notables como trabajadores y marineros excelentes. El rasgo característico de todos estos negros es su aversión á la agricultura por considerarla ocupación propia sólo de esclavos, idea especialmente propagada por los esclavos norte-americanos importados y que subsiste aun hoy día á pesar de todos los esfuerzos del gobierno inglés que procura estimular por medio de la instrucción y de premios esa rama de la actividad humana tan importante para el florecimiento de la colonia. En cambio, el comercio es aplaudido por todos estos negros, pero como la producción no basta para dar ocupación á todos los comerciantes que allí existen, las relaciones económicas de esta colonia como las de Liberia son poco satisfactorias, y á pesar de todas las iglesias y escuelas no lo son más las relaciones religiosas y morales, de suerte que por de pronto las «colonias africanas de Africa» no pueden ser consideradas como ensayos coronados por el éxito. Sin embargo, el sentimiento de justicia nos obliga á decir que se han hecho lentos progresos que hacen esperar para más adelante un éxito completo: la capital de Sierra Leona, Freetown, especialmente, parece desarrollarse en condiciones favorables.

CAPÍTULO III

LOS NEGROS DEL TERRITORIO DEL NÍGER-BENÚE.

Los pueblos que aquí se ofrecen á nuestra vista son negros, pero negros que ora por los rasgos nobles que en ellos predominan, ora por las pruebas que tienen dadas en punto á historia y á civilización demuestran los efectos de extranjeras influencias.

Dificultad de definir de una manera fija el tipo casi borrado de estos pueblos. — Ejemplo de los musgus. — Su superioridad sobre los sudaneses y los fulbas. — Reminiscencias del grupo de sandehs-bongos. — Fraccionamiento político. — Influencia del islamismo. — La sociedad. — Los mandingos. — Los serrakoletes y bambarras. — Los soninkes. — Los tukuleres. — Los joloffes. — Los haussas.

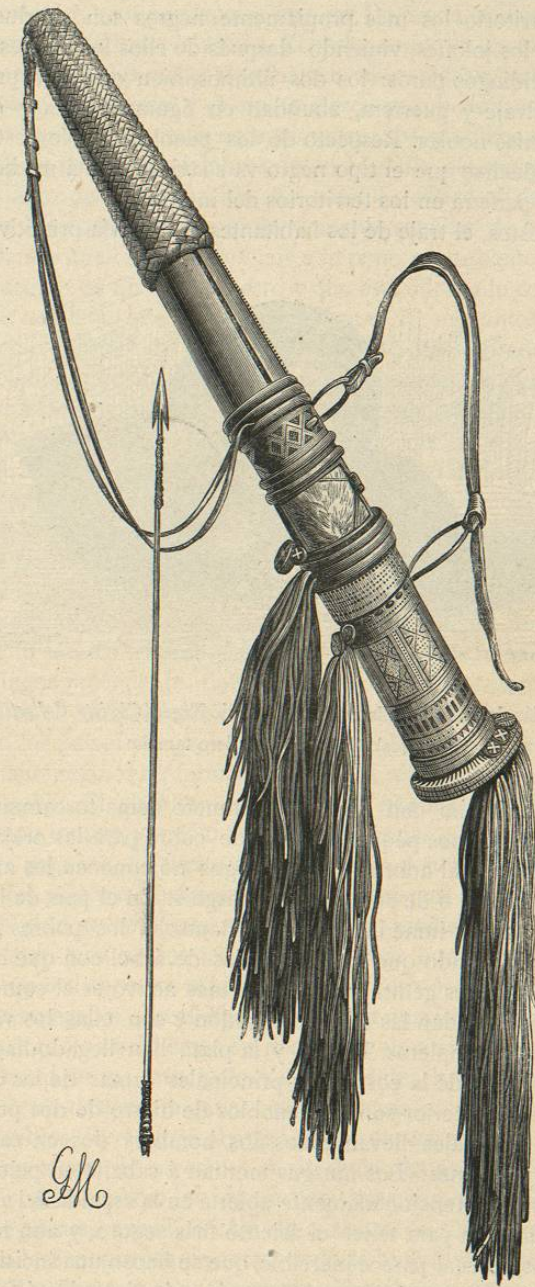
En el territorio costanero del Africa occidental existen, como hemos visto, dos fuerzas que imprimen movimiento á los pueblos, á saber: primera, la civilización que desde la costa avanza por el interior con su tendencia á fomentar la

producción y el comercio, á establecer fijamente á los pueblos costaneros en sus residencias y á desenvolver su cultura; y segunda la fuerza que desde el interior se dirige hacia la costa y que está producida por las salvajes tribus guerreras sedientas de botín comercial, cuyas costumbres y quizás también estructura corporal tienen algún punto de contacto con aquellas tribus más blancas del borde occidental de la cuenca del Nilo que probablemente son designadas como más perfectas, y que, lo propio que algunos de aquellos africanos occidentales de segunda fila, pueden ponerse en contacto con sus vecinos septentrionales hamitas. Pero así como allí se ofrecen á nuestra vista pueblos de una misma raza y las más de las veces de una misma rama lingüística, en el Noroeste del Africa tropical encontramos el antagonismo representado por pueblos diferentes en estructura corporal, en idioma y en cultura. La impresión que esto produce es, pues, la de un abigarrado cuadro etnográfico, sin que á pesar de ello aparezca una profunda sima entre éste y el que ofrecen los pueblos de los alrededores de Ogowe y los del Congo, pues unos y otros tienen de común el elemento de los negros sedentarios. Los pueblos que constituyen una transición entre éstos y las razas más blancas y más perfectas del Norte y del Noroeste, apenas han salido del marco de la naturaleza de los negros. De suerte que el único elemento esencialmente nuevo es el tercero, cuya notable diferencia se aprecia claramente.

En los países que se extienden detrás de los pueblos de la costa de Guinea, encuéntrase desde muy antiguo pueblos negros que constituyen la base étnica de la soberanía relativamente moderna de pueblos de color claro (fulbas ó fellatas y sus antecesores) que acusan un origen septentrional, quizás berberisco. Los haussas, los mandingos y los joloffes son aquí los representantes de grandes desenvolvimientos históricos que pasaron rápidamente. Tampoco falta en el Sudán el fundamento de pueblos negros que también encontramos, aunque en mayor número, en los países wahunas del territorio del Nilo. La raza que vemos dominando en Bornu es un pueblo más ó menos negro; y en todos los puntos de la frontera meridional de los Estados mahometanos sudaneses, y aun al otro lado de la misma, encontramos negros cuyas costumbres y creencias paganas los diferencian doblemente de sus señores.

Desde el punto de vista de su aspecto exterior, parecen imposible comprender á todos estos pueblos dentro de una sola noción, siendo innegable que entre los mismos existe una porción de diferencias internas, amén de que consideramos completamente ocioso buscar una idea de unidad allí en donde, más que en ningún otro punto de Africa, las oleadas de pueblos se han ido empujando desde hace muchos siglos, unas á otras violentamente. En estos países la única conclusión que aparece justificada es la de que cuanto más abigarrado es el cuadro, más reciente es la historia de estos movimientos, cuanto mayor sea la uniformidad del carácter de la población tanto más tiempo hace que es dueña de sus destinos. Cuanto más nos acerquemos al punto de partida de estos movimientos, más abigarrada se nos ha de presentar esta mezcolanza; así lo vemos en el Sudán y especialmente aquí, en el Sudán occidental. Podemos, pues, decir únicamente que los habitantes que aquí encontramos son negros, pero negros que ora por ciertos rasgos más nobles ora por sus hechos históricos y de civilización, demuestran la acción de influencias extranjeras, influencias que ni aquí ni en ninguna otra parte de Africa podemos concebir sin cierta mezcla corporal. Sin tener en cuenta los tantas veces celebrados rasgos nobles de los joloffes, mandingos y demás afines, aun aquellos mismos ob-

servadores que como Faidherbé no niegan la mezcla de pueblos en estos territorios ponen á estos pueblos como «negros» en frente de los moros blancos, de los rojos fellatas, de los poels y de los fulbas. Proceder en medio de esta abigarrada multitud á una clasificación hecha sobre la base del mayor ó menor grado de mezcla, es cosa que hoy podría tener únicamente una importancia hipotética. Es indudable que entre estos pueblos los hay de un tipo más



Carcaj y flecha de un caudillo bambarra («Museo Británico» Londres) ¹, de su verdadero tamaño

inferior, pero preciso es tener en cuenta que una larga permanencia en el Sudán es muy propia para robustecer la opinión formada acerca de la fisonomía pura de los negros. Esta influencia creemos encontrarla, por ejemplo, en la descripción algo confusa que de los musgus nos hace Barth, pues después de haber recorrido el Sud, el Este y el Oeste, es decir las partes oscuras y las partes sombrías de esta región de la tierra, nos sentimos inclinados á hacer notar más la preeminencia de estos pueblos sobre el término medio de los negros que su inferioridad respecto de los sudaneses. Según Barth, ese pueblo se porta mucho más bárbaramente que los demás pueblos del Sudán, de la misma ma-